

Humanidades

Pompeyo Gener en Mallorca

José María Rodríguez Tejerina

Pompeyo Gener era farmacéutico. Médico, tal vez. Miembro de una inexistente Sociedad de Antropología de París. Fue, sobre todo, un sorprendente filósofo y un prolífico escritor. Su obra más famosa, *La Muerte y el Diablo*, es de una asombrosa erudición, de un sobrecogedor agnosticismo. Ha sido leída por miles de lectores: franceses, españoles, hispanoamericanos, a lo largo de los primeros años del siglo XX. Pompeyo Gener, *Pompeius*, *Peius*, en fin, fue un ser fabuloso, glotón, mentiroso, bohemio. Una oronda silueta inolvidable en el paisaje burgués, con ribetes aristocráticos, de la Barcelona de finales del «diecinueve».

Peius estuvo en Mallorca, una vez más, en los albores de nuestra centuria. El muy pintoresco relato que escribió con motivo de su último viaje a La Roqueta merece ser recordado, como un pequeño homenaje a su desconcertante, atormentada personalidad.

La Muerte y el Diablo

Evoquemos a un Pompeyo Gener en Barcelona, distinguida vitola, modales de gran señor; cumplida estatura, obeso, de rostro entre mefistofélico y bonachón; de una incurable bondad franciscana. Faz bien barbada, facciones correctas. Chalina oscura. Solía ir tocado con un enorme chambergo negro, o gris, de fieltro o terciopelo. Jipijapa en las estaciones cálidas. Abrigo marrón o capa española en invierno. De noche, traje de etiqueta, frac o esmoquin, una gardenia o un clavel blanco en el ojal. Y una cintilla de una condecoración imagi-

naria. En verano, conjunto de alpaca o dril. La mano derecha armada de bastón o paraguas, según la circunstancia climática, de cuyas empuñaduras, a guisa de borla, colgaba un paquetito con unas lonchas de jamón, unos trozos de queso Gruyère o Roquefort. Tal vez una butifarra adquirida a la caída de la tarde en la *Tocinería de Roura*, en las Ramblas de las Flores. En la mano siniestra, siempre un libro y un rollo con las galeradas de su última producción literaria. *Peius* había vivido su juventud y temprana madurez en París. Fue, quizás, amigo íntimo de Sarah Bernhardt, seguidor entusiasta de las doctrinas positivistas de Littré, admirador de Richepin, reconocido paciente de Charcot. En la luminosa capital de Francia, escribió y publicó su muy famoso libro, *La Muerte y el Diablo*. Obra escrita en su primera edición en francés: *La Mort et le Diable, Histoire et philosophie des deux négations suprêmes*, par Pompeyo Gener, de la Société d'Anthropologie de París. Précédée d'une lettre à auter de E. Littré, mémoire de l'Académie Française. París, Reinwald, 1880, 4.º, XIV + 778 páginas. Difícil es resumir la inmensa cantidad de datos que figuran en *La Muerte y el Diablo*. Cabe, tal vez, sintetizar su doctrina, positivista, agnóstica, materialista.

El vocablo *Muerte* es el antitético de *Vida*, asegura *Peius*. La vida, decía Sthal, «es una de las maneras de funcionar el alma». Y, puntualizaba el anatomista Bichat: «La vida es el conjunto de funciones que resisten a la muerte».

Definiciones parecidas pueden entresacarse de los escritos de Pelletán, Kant, Béclard, Spencer, Blainville. Incluso un remoto filósofo llegó a escribir: «La Vida es la Muerte».

El célebre fisiólogo Claudio Bernard pretendió demostrar, experimentalmente, que «toda manifestación de un fenómeno en el ser viviente está, necesariamente, unido a una destrucción orgánica». Hipótesis que amplía Letourneau y que habían intuido ya Descartes y Virchow. Pompeyo Gener, a su vez, pontifica que nuestra existencia tiene una fase ascendente y otra descendente, un período de alimentación y otro de desnutrición. En un principio se asimila cuanto se ingie-

re. Luego viene la desasimilación, la decrepitud, la destrucción de células y tejidos, la muerte, el final de la vida. Pero morir, continúa Pompeyo, no es solamente desaparecer. Es algo más; es el haber vivido, entregarse a la Naturaleza para que otros puedan seguir existiendo.

¿Y el alma?

¿Existe la dicotomía espíritu-materia?

Peius cree que no. Únicamente los sueños, las alucinaciones producidas en nuestro cerebro, desde el hombre primitivo hasta nuestros días, fingen la creencia en imágenes de seres muertos, hacen brotar en nuestros sentidos el espejismo de la fe en un fantasma invisible e inmortal, que habita nuestro percedero organismo.

La dualidad substancia-esencia, no existe. Ni es posible demostrarla a las Luces de la Ciencia. Así lo piensa Gener, quien sólo cree en el método inductivo, en lo que puede demostrarse experimentalmente, siguiendo las doctrinas de Comte y de Littré. No puede hablarse, por tanto, de la inmortalidad de algo inexistente.

Peius llega todavía más lejos en la exposición de sus hipótesis heréticas. La creencia en la inmortalidad del alma e incluso la del cuerpo, tan común a casi todas las religiones, revela un egoísmo trascendente, que aparece en las épocas en las que el Hombre tiene que sobrevivir en pésimas condiciones telúricas y sociales. El Hombre, y seguimos los revolucionarios razonamientos de Pompeyo Gener, ansía, anhela, patéticamente, siempre, gozar, en cualquier Paraíso, de los dones que le fueron negados en este valle de lágrimas. Es el caso de los indios, abrumados por el dominio de los brahmanes y por la durísima ley de las castas, que se ilusionan con el invento del dogma de la reencarnación. Y el de los egipcios, cuando les atosiga el poder absoluto, teocrático, de los Faraones e imaginan, durante las primeras dinastías, el consuelo de la vuelta a una vida mejor, después de la muerte; y embalsaman los cadáveres, los preparan para la futura resurrección.

Los hebreos, más tarde, conciben la teoría de la inmortalidad del alma en el

cautiverio de Babilonia, atormentados por el yugo implacable de unos monarcas feroces.

Platón creyó en la deseable inmortalidad, en la decadente Grecia, desolada por los crueles cultos asiáticos. Los neoplatónicos elucubrarón acerca de la misma idea. Los cristianos, en fin, prometieron a una plebe paupérrima, a unos martirizados esclavos, la venturosa inmanencia del espíritu, una gloriosa resurrección de la carne.

A lo largo de la Edad Media, las hambres, las pestes, la ignorancia, el feudalismo, la tiranía eclesiástica, mantuvieron esta conmovedora esperanza de una existencia ultraterrena. En el Renacimiento, la inteligencia humana logra despertar de su letargo. Mas, persiste la creencia en la inmortalidad del alma, impuesta a sangre, hierro y fuego, por la Santa Inquisición, en la España de los Austrias.

En el siglo XIX, y en el XX, que vislumbra Pompeyo Gener, se asiste, por vez primera, al triunfo de la Libertad, del Bienestar, del Hombre y de la Sociedad, como no ocurrió jamás en siglos anteriores.

El Hombre, para *Peius*, vive mejor ahora; más años. No precisa, pues, creer en un Más Allá compensador. No le hace falta tampoco sostener la superstición de la dualidad cuerpo y alma. Pompeu cree, firmemente, en la unidad del cuerpo humano, no admite la inmortalidad.

Muy dogmático y destructor es también el concepto del Diablo, del Mal, que expone el filósofo tortosino en la segunda parte de *La Muerte y el Diablo*. El Demonio, la idea del Mal, es la personificación, desde las más arcaicas civilizaciones, de una Moral maniquea, superada con creces.

El Bien marcha al unísono del individuo, proporcionándole agradables sensaciones. Evoluciona al par de la Sociedad, y procura la consecución de una Justicia digna. Es el resultado de una trayectoria positiva en el devenir de la Humanidad. Pronto se llegará a la paz interior del Hombre y, también, al *mutualismo* entre los ciudadanos de sociedades culturalmente semejantes.

Todas estas doctrinas, utópicas, dispa-

ratadas, inciertas, revelan la gran dosis de poesía que albergaba el espíritu romántico de Pompeyo Gener. Su extraña, atípica religiosidad.

Obvio es el señalar que la publicación de este libro desencadenó acerbas críticas. Y la entusiasta adhesión a sus ideas de las personas agnósticas y descreídas. Entre las críticas más severas figuran las formuladas por el insigne polígrafo y precoz catedrático de Literatura de la Universidad Central, el archicatólico don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien escribe en el tomo II, págs. 1.169 y ss. de su *Historia de los Heterodoxos*: «... D. Pompeyo Gener que ha escrito en francés un enorme libro sobre *La Muerte y el Diablo*, al cual puso un prólogo Littré, ni por educación, ni por sus gustos, ni siquiera por la lengua en que escribe, pertenece a Cataluña. Es uno de tantos materialistas franceses que piensa como ellos y escribe como ellos y que se mueve en un círculo de ideas enteramente distinto del de España. Su libro, feroz y fríamente impío, corresponde a un estado de depravación intelectual mucho más adelantado que el nuestro y arguye, a la vez, conocimientos positivos y lecturas que aquí no son frecuentes. Escrito con erudición atropellada, poco segura y las más de las veces no directa, y con cierta falsa brillantez de estilo y pretensiones coloristas a lo Michelet, contiene, no obstante, caudal de *información* (digámoslo en inglés), del que francamente no creo capaz a ningún otro de los innovadores filosóficos positivistas o no positivistas, que andan por España».

Leopoldo Alas, *Clarín*, acusa a *Peius* de escribir en francés. Lo hace –le acusa– para no cometer galicismos, como haría si redactara en lengua castellana.

Don Juan Valera, bondadoso, irónico, afirma que Gener es el mejor filósofo español, el que más le divierte.

En Barcelona

De vuelta de París, otra vez en Barcelona, donde al fin se publica su obra en castellano por el editor don Daniel Corzeo, en una primorosa edición que lleva

ilustraciones de Apeles Mestres; *Peius* se establece en el pequeño piso que había sido de sus padres, en el *entressol de la Plaça del Pi* n.º 2. En una diminuta habitación de la misma, de 3 por 4 metros de superficie, recibe los sábados a sus leales. Son, *Els dissabtes de C'an Peio*. El cuarto es un estudio-museo, adornado fastuosamente. Una mesa del Renacimiento, cubierta por cueros labrados, procedente de Venecia, una lámpara de aceite con una pantalla esmaltada que da una gran luz, que se ha hecho enviar de París; una ventana con vidrieras de colores en las que aparecen pintados el rey Pedro III de Aragón, Arnaldo de Betralú, Arnaldo de Creixell. Panoplias con espadas, catalanas las de la pared de la derecha, castellanas y orientales las de la izquierda. Una arquilla de paneles dorados; un tapiz con un escudo de armas y un capelo cardenalicio; un gran sillón de brazos; un escabel de madera de nogal tallada. Son los dos únicos asientos. A estas reuniones solían asistir el catedrático de Medicina doctor Farreras, Apeles Mestres, Ángel Guimerà, Joaquín María Batrina, Emilio Vilanova; a veces concurrían hasta veinticuatro amigos y curiosos.

Pompeyo Gener, que había dilapidado en París la fortuna que heredara de su padre, muerta ahora, recientemente, la madre, vivía lujosamente, merced a las ganancias que le proporcionaban las ventas de su libro *La Muerte y el Diablo*.

Tras esta famosa obra publica *Peius*, *Literaturas malsanas* y luego, *Amigos y Maestros*, libro este último que alcanzó casi tanto éxito como *La Muerte y el Diablo*.

En *Amigos y Maestros* pueden leerse unos retratos, magníficos, de la celebrada actriz Sarah Bernhardt, del príncipe de la filosofía positivista Emilio Littré, de los inmortales escritores Hipólito Taine, Ernesto Renan, Gustavo Flaubert, Víctor Hugo; del genial fisiólogo Claudio Barnard.

El silencio amoroso

La vida amorosa de Pompeyo Gener nos es desconocida. Tal vez no existió nunca.

Ha quedado constancia, sin embargo, de una serie de mujeres que le amaron, aunque él no respondiera a sus invitaciones amorosas más que platónicamente, pues era, al parecer, hombre frígido, quizás impotente, nada proclive a disfrutar de los placeres del sexo.

Cabe citar en este censo de admiradoras a las siguientes:

Mary Soujol, que estuvo muy enamorada de *Peius*, y era una gran dama, que vivía en una casona señorial, de estilo isabelino, de la Travesera de Dalt. María Bushental, una conocida artista del Real de Madrid, con la que se exhibió nuestro escritor en un palco del mismo Teatro, una noche, vestido con un frac rojo. Marta, hembra apasionada, locamente atraída por Pompeyo, «que hubo de resignarse a la indiferencia carnal de Gener», según cuenta Luis Cabañas Guevara en su libro, *Cuarenta años de Barcelona, 1890-1930*.

Sarah Bernhardt. Repetía Pompeyo Gener que el día más triste de su vida fue aquel en que cortaron una pierna a la comedianta. A Sarah se la presentó en París su banquero, Ivo Bosch. Simpatizaron. Al término de la función la Bernhardt invitó a *Peius* a acompañarla a su casa. Pasaron a un salón que tenía un enorme sofá oriental. Sarah se retiró a sus habitaciones y volvió a poco, vestida de odalisca, con una fusta en la mano, acompañada de dos leones que se echaron a los pies de *Peius*. Sacó entonces la artista un revólver, disparó dos tiros y saltaron las fieras por encima de Pompeyo Gener y desaparecieron de la estancia. Pompey recita a Sarah fragmentos del Romancero, le pide protagonice su tragedia, *Miguel Servet*. No pasa nada más.

Una muy sincera, y constante, admiradora de Pompeyo Gener fue, sin duda, doña Carmen de Castellví y Gordon, condesa de Carlet y de Castellví. Que le invitaba frecuentemente a cenar y le envolvió siempre de un cálido amor maternal. Llegó a pedir que, cuando ella muriera, pusieran como epitafio, en la lápida de su tumba, la siguiente inscripción: *La que admiró a Pompeyo Gener*.

Los condes de Carlet celebraban unas reuniones, los sábados, en las que se

ofrecían conciertos de música clásica, y cantaba la señora condesa emotivos *lieders*. Se servía la cena a las 2 de la madrugada, una cena en la que los platos más refinados, eran «el Sole a la Bercy» y «el Faisán a la Orloff». Después se tomaban, ya en el salón, café, coñac, licores, «carunchos». Terminaban aquellas reuniones hacia las 7 de la mañana. *Peius* recitaba, invariablemente, la oda de Rubén Darío a Cyrano de Bergerac.

Una noche, con gran asombro, vieron sus amigos a Pompeyo cenar en el *Lion d'Or*, a solas, con la bailarina Rosario Guerrero. En el mismo restaurante, en otras ocasiones, se le vio a *Peius* acompañado de las hetairas habituales del establecimiento; mamá Pilar, Carlota, la Sara, la Antonia del pasaje de la Merced, la Emilia de la calle de las Arrepentidas, la *Baldufeta*. Prostitutas con las que *Peius* no se acostaba nunca.

La última mujer que se enamoró de él, ya setentón, fue la estrambótica y violenta Tórtola Valencia, que escuchaba, embelesada, las inverosímiles historias que gustaba contar Pompeyo Gener.

Esta apatía sexual de *Peius* podía ser constitucional. Dice Fourier que acostumbra a ser consecuencia de la sobrealimentación. Según me decía Emilio Brugalla, era muy característica de los orondos y glotones señores catalanes de aquellas calendas. Aunque también podía tener sus raíces en alguna enfermedad de su juventud, desconocida para nosotros: una orquitis blenorragica, una parotiditis epidémica, una criptorquidea, una azoospermia, unas ocultas, y reprimidas, tendencias homosexuales.

Las romerías nocturnas

Peius se levantaba muy tarde, después del mediodía. Escribía febrilmente, visitaba algunas redacciones o editoriales. Hasta que, llevado de su apetito voraz, *gargantuesco*, era a la vez *gourmet* y *gourmand*, se dejaba caer, al anochecer, por las peñas de los cafés. Comenzaba su peregrinaje nocturno en la Plaza de Cataluña, en la *Cervecería Munich*, en la que se tomaba uno o dos dobles de cerveza. Cruzaba a renglón seguido la calle

Rivadeneira y entraba en la *Maison Dorée*, donde se encontraba con Miguel Utrillo, fundador de la revista *Pèl i Ploma*, el escritor Raimundo Casellas, el arquitecto Puig y Cadafalch, los pintores Joaquín Mir, Ricardo Canals, Rafael Padilla, Eliseo Meifrén; los escultores José Clará, Llimona, los hermanos Oslé, de Soto; el representante del caldo *Maggi* Alejandro Riera; Santiago Rusiñol, Xavier Nogués, Ramón Casas...

De la *Maison Dorée* se iba al *Continental*. Allí conversaba, refería sus disparatadas anécdotas, con sus habituales anfitriones para la cena; el conde de Lavern y don Antonio Constanzó. Y Manolo Planas, don Paco Permanyer y el abogado Trinidad Monegal. *Peius* se sentaba junto a ellos y, a los dobles de cerveza que ya había ingerido, añadía varios vasos de whisky. Luego se iba a cenar, opíparamente, con Lavern o Constanzó.

Una larga temporada Pompeyo Gener fue cliente habitual del *Lion d'Or*, restaurante en el que bebía y comía abundantemente. Cenaba con Vilalta, el propietario del local, que poseía un yate, en el que nunca embarcaba, pues se mareaba atrocemente. Pero que prestaba a sus amigos, para que navegaran a su antojo. Él iba a recibirlos al muelle elegantemente vestido de marino. Cuando Vilalta cerró el *Lion*, *Peius* se acostumbró a cenar en *Gambrinus*, que estaba al lado del *Continental*. Vilalta, tiempo después, abrió un café-restaurante, el *Refectorium*, con salones antiguos, decorados al estilo gótico.

Hacia el amanecer recalaba Gener en el *Petit Pelayo*, y en el *Versalles*, de la Rambla de Canaletas. Y, ya de muy mañana, en el *Café de Novedades*. Veía pasar a los verduleros, con sus carros, entraba en el Mercado de la Boquería, compraba unos víveres, volvía a las Ramblas, adquiriría un periódico que doblaba, sin leerlo, se iba andando, hacia su casa, lentamente. Soñaba que estaba, otra vez, en París, rico, triunfador, escritor famoso.

En la riquísima crónica de la vida de *Peius* en Barcelona, debe recordarse aquella noche en la que asistió, disfrazado de marqués de Pescara, con coraza,

capa, daga, cadena, tocado con una gorra de terciopelo ornada con grandes plumas, al baile del *Liceo*. En el *Liceo*, la cena costaba la fabulosa cifra de 5 pesetas. Durante una de ellas compuso Gener *Los Cents Concells del Concell de Cent*. Estaba aún muy lejano el tiempo en que *Peius*, hundido definitivamente en la pobreza, tuviera que aceptar un piadoso destino de polígrafo, adscrito al Archivo Histórico de la Ciudad, en el Ayuntamiento de Barcelona. Gracias a los buenos oficios del doctor Turró. En la instancia en la que Pompeyo Gener solicita la plaza, se atribuye el título de «doctor en Farmacia».

Las mentiras de Peius

El rasgo biográfico más sobresaliente de Pompeyo Gener es el de sus mentiras, sus fabulaciones, que prodigaba de continuo. Tenía una predisposición innata a falsear la verdad. Persistía en el adulto la mitomanía, tan frecuente en los niños. Una falta absoluta de discernimiento, incrementada por una gran dosis de vanidad, parecida a la de Tartarin, de Alfonso Daudet.

Pienso que esta proclividad a mentir es una *compensación imaginativa*. Un intento de superar un complejo de inferioridad, un fracaso afectivo, reprimido en el subconsciente.

Si nos fijamos detenidamente en la biografía de *Peius* constatamos que sus disparatados relatos sintonizan siempre con el sentir del auditorio. En Palma de Mallorca, como veremos enseguida, se identifica al sentimiento autonomista, a veces catalanista, de los isleños. En Barcelona, a los inalcanzables deseos de viajes exóticos de sus contertulios. Magnífica, también, el anhelo de triunfo que experimentan, más o menos soterradamente, sus compañeros en lides literarias.

Pompeyo Gener cuenta sus disparatadas historias como si hiciera un obligado, generoso saludo juglaresco a sus oyentes. Pero su impulsión narrativa nunca tiene tonos malignos, ni perversos. Es ingenua, desenfadada. Jocosas. Su intencionada alteración de la verdad

sólo embauca pasajera, frívolamente, a sus conocidos. Aunque esconde, sin duda alguna, el drama íntimo de una atormentada personalidad.

Hay que buscar siempre, en todo hombre célebre, la urdimbre de su espíritu. Más significativa que su propia obra. La biografía de un mortal no es, simplemente, el retrato de lo que ha hecho. Sino el descubrimiento de lo que oculta. Del *hombre de secreto* de Laín. Ese oscuro cúmulo de deseos; casi siempre lastimosos, al decir de André Malraux.

A Pompeyo Gener Babot habría que estudiarlo a partir de su infancia. Pero no conocemos el perfil psicológico de sus padres, cuáles fueron sus primeros maestros. Tan importantes éstos en el devenir existencial de los grandes hombres. Marcelino Menéndez Pelayo, por poner un ejemplo, tuvo de profesor de Latín, en el Bachillerato, en el Instituto de Segunda Enseñanza de Santander, a don Francisco de Lanuza, que supo despertar en él un irrenunciable amor por las Lenguas Antiguas, la Literatura, la Historia. A don Severo Ochoa de Albornoz, a su vez, le inició en su avidez por saber, en sus afanes investigadores, un profesor de Química, Eduardo García Rodejas, docente en el Instituto de Málaga.

De *Peius* únicamente sabemos que su padre era doctor en Farmacia y había inventado un unguento para cicatrizar las heridas y un jarabe anticatarral, *el jarabe del doctor Gener*, productos que vendía en su farmacia de la calle Petritxol, esquina a la plaza del Pino. La madre de *Peius* fue, al parecer, una mujer muy guapa. Según su mitómano hijo, era «condesa de Barbastro».

Tuvo *Peius* un tío y padrino asimismo muy imaginativo, que pretendía cruzar las palomas mensajeras con loros, para que pudieran transmitir, oralmente, los mensajes. Y que se decía descendiente del almirante tortosino don Pedro Babot, persona de confianza de Roger de Lauria, y presunto jefe de los almogávares, que hizo grabar en el acero de las espadas de estos guerreros una inscripción: ¡Fot-li! ¡Fot-li! ¡Fot-li!, anécdota que recoge Blasco Ibáñez en su libro *Viaje al país del Arte*.

Ignoramos, incluso, los maestros que tuvo *Peius* en sus estudios universitarios, en la carrera de Farmacia, y en la de Medicina, después. Licenciatura esta última que no terminó, pues se quedó en Bachiller. En París continuaría sus estudios médicos, interrumpidos en Barcelona, con eminentes catedráticos.

Peius tuvo la frustración de saberse *el noi d'un apotecari* de la calle Petritxol. *El fill d'un trist* boticario de barrio, como confiesa en una carta a su amigo Ivo Bosch.

Gener, desde muy joven, se refugia en la mentira, para poder burlarse de una sociedad burguesa hostil, que le desprecia. Y cuyos hábitos y costumbres detesta, ya que, como escribe en *Senyors de Paper*, esta clase honra la estafa, legitima los mayores desafueros a base de dinero, obtiene títulos nobiliarios cuando debería estar en presidio.

Peius, con sus mentiras, consigue satirizar a todos ellos. Le indigna el éxito alcanzado por la novela del padre Coloma, *Pequeñeces*, que revela la miseria espiritual de la burguesía catalana de entonces.

Su afán por mentir, para huir de sus frustraciones, se acentúa a su vuelta de París. Su obra, *La Muerte y el Diablo*, ha tenido en Francia y en América hispana un éxito impresionante. En Barcelona, la mojigata, hipócrita sociedad decimonónica, le ignora. No quiere ni siquiera comentar sus ideas agnósticas, heterodoxas, anticlericales. Llegan a decir sus detractores que ni tan siquiera ha estado en París, que sólo sabe copiar de otros autores. Su desilusión es profunda, muy dolorosa, irreversible. Se refugia, definitivamente, en la fabulación, escapa de su patobiografía. Puede zaherir, burlarse, impunemente, de cuantos le menosprecian.

Pompeyo Gener no fue nunca el personaje extravertido, optimista, sano de cuerpo y espíritu que aparentaba ser. Sufrió intensos dolores de cabeza, neuralgias. En 1887, y es un dato importantísimo en su historial clínico, sufre una intensa depresión. Una grave crisis de *neurastenia*, como se decía en la época. Siente pavor a permanecer solo. Los dolores de cabeza se le hacen insufribles.

El doctor Roura le recomienda tome baños en La Garriga. Vicens Arteaga Pereira, buen compañero, duerme junto a él. Después, *Peius* parte hacia Suiza. Se hospeda en el Hôtel de l'Eau, en Ginebra. Luego se traslada a un albergue, en las alturas del Beaternaberg, cerca de Interlaken:

A vora del llac

en el poblet de Zarney

tenint davant el Montblanc

dins del castell d'En Voltaire...

Poco a poco va recobrando la salud. Y le acometen unos grandes deseos de vivir. Adopta la firme decisión de no preocuparse ya por nada, de tomar todo a broma. Viaja. Se instala, definitivamente, en París, en una casa próxima al Bois de Boulogne. Consulta al célebre psiquiatra Charcot, quien le recomienda distracciones, hidroterapia, una alimentación rica en mariscos, en ostras. Tónicos.

En 1889 asiste a la inauguración de la torre Eiffel. Desde lo alto de ella cree columbrar la fascinante Isla de Mallorca.

Un viaje a Mallorca

Pompeyo Gener consigue venir a la Roqueta en diversas ocasiones. Es muy pintoresca la descripción que hace de uno de sus viajes a Palma de Mallorca.

Peius había vuelto a Barcelona desde París, para imprimir un nuevo libro, *Inducciones*, que le habían solicitado en Sudamérica y que aparecería en 1901. Una vez en la Ciudad Condal los redactores de la revista *Juventut* le comunican existe el proyecto de ir a Mallorca, para homenajear al poeta mallorquín Juan Rosselló de Son Forteza, que se hallaba recluido en su casa y postrado en cama desde hacía mucho tiempo. Gener se adhiere, entusiasmado, a la idea. Un acaudalado «provenzal» presta su yate. Y zarpan del puerto de Barcelona uno de los días finales de abril, la víspera de la festividad de san Jorge, a las 4 de la tarde. Sopla un viento racheado, que va aumentando sin cesar. En el comedor hay preparada una espléndida cena. Pero, a la hora del café, pocos ya se sostienen erguidos. Se han unido al homenaje dos periodistas de Madrid.

Uno de ellos afirma que aquel viaje no es del agrado de san Jorge, que le incordia. Arrecia el temporal. Pompeu, subido en un banco, anuncia con voz estentórea:

—¡Ya viene la mala mar!

Corren a refugiarse los escritores en sus respectivos camarotes. No saldrán de ellos hasta que arriben a Palma. Antes de la desbandada, uno de los chicos de la prensa madrileña, parodiando a Cyrano de Bergerac, exclama:

—¡Cadetes de Cataluña! ¡*Reculez pas, tous ici!*

Y, añade el otro gacetillero madrileño:

—¡Supernaturales (así se denominaba a los poetas catalanes), a defenderse!

Mas, la pareja de graciosos también se marea, acaba por irse a su camarote, antes de *devolver la peseta*. Únicamente quedan en cubierta, a popa, Trinidad Monegal, Pena y, claro está, el invencible Pompeyo Gener. Pena empieza a divisar, con la imaginación, el barco fantasma de Wagner. Pero le sobreviene un vómito violentísimo, en cascada, y desaparece también en las entrañas del barco, ayudado por sus amigos que, aunque parecen estar borrachos, aún se tienen en pie. Monegal, a su vez, se refugia pronto en su cubil. Queda sólo Gener, paseando tranquilamente por el pasillo central, interior, del yate. Hasta que Martí, otro poeta, le llama, le suplica:

—¡*Donguim algún remei del seu botiquin, ja que varem quedar que vosté seria el metge de l'expedició!*

Es una noticia que nos presenta, por vez primera, un Pompeu Gener médico práctico.

Pompeyo entra en su cámara, toma un frasco de láudano de Sydenham, vierte unas gotas del mismo en un vaso, añade luego tres dedos de ron. Hace beber el brebaje a Martí, a quien le cesan los vómitos de inmediato. El láudano de Sydenham es un compuesto de opio. El ron, puntualiza *Peius*, es de Matanzas, un pueblo de Cuba.

El barco sufre una sacudida tremenda. Todos piensan que van a zozobrar de un momento a otro. Gener se sienta en el suelo, sobre un cojín. Una poetisa francesa, del Midi, de la región que tiene por capital Aix, que también va en la ex-

pedición, salta, aterrorizada, de su camarote, envuelta en una manta. Rueda hasta el costado de Pompeyo Gener, que le asegura, caballeroso:

—Señora, esta noche tenemos que pasarla juntos, acostados sobre la alfombra del corredor, uno al lado del otro. Yo no dormiré, mas usted con su almohada y su manta de viaje puede dormir tranquilamente. Yo velaré su sueño.

—*Merci* —le responde la dama.

En ese momento el bibliotecario del «duque» de Montenegro, otro expedicionario, grita, despavorido:

—¡Salvamento! ¡La salida! ¡Los botes!

Peius le contesta que allí no hay salidas, ni botes, que éstos sólo se encuentran en las farmacias, en una clara reminiscencia a su otra profesión, la de boticario.

Peius está tranquilo. Escribe en su obra póstuma, *Coses d'En Peius*, publicada años después de su muerte, por la Llibreria Varia, Petritxol, 17, Barcelona, que ha navegado muchas veces por el mar Mediterráneo, a bordo del bergantín de su abuelo; sabe que un capitán experto, y el del yate lo es, jamás naufraga en estas aguas.

Al llegar a la altura de la Dragonera, cesan los bandazos. La poetisa se calza unas zapatillas, sube a cubierta con Pompeyo. A lo lejos el cielo tiene una tonalidad verdosa que se va tornando en rosada. A la izquierda se alza la montaña de Llucmajor, de un morado oscuro, rayada por algún que otro *estrato* gris, y, en la cima, una nube que le finge un turbante.

El yate, para saludar la salida del sol, dispara su cañoncito de proa. El periodista madrileño que se había quejado de la actitud de san Jorge, grita, alborozado:

—¡El señor san Jorge ha matado al dragón en su propia madriguera, pero como todo progresa, en vez de matarlo con una lanza, como antiguamente, le pegó un cañonazo!

Del fondo del mar surgen, lentamente, los contornos agudos de la catedral de Palma, envueltos en una neblina dorada. Después se vislumbra ya la Lonja. Enseguida entran en el puerto.

En el muelle les espera una comisión de notables y las autoridades.

Están a punto de desembarcar cuando se aperciben de que un compañero, Costa, no aparece. Se hallaba en su camarote, abrazado, todavía, a una palanquilla.

—*¡Ap, noi, que ja son a Palma!*, le anima Pompeyo. Despierta Costa, cual de una pesadilla, se frota los ojos, salta de la litera. Fue el último en subirse a la lancha, abrochándose aún los botines.

En este relato puede apreciarse el papel de protagonista que se otorga Pompeyo Gener. No se marea, no se asusta, por ser un marino avezado, cuida como médico a sus camaradas, protege hidalga, platónicamente, el descanso de su compañera de viaje, la atractiva poetisa francesa.

Al atracar en Palma, *Peius* marcha a ver lo más notable de la ciudad. Los baños árabes, el convento en que se recluyó Ramón Llull para redactar sus obras, la casa que fuera del primer ascendiente de la familia Bonaparte, en la que vive un capellán muy viejo. El clérigo, sumamente amable, les hace contemplar las vigas del techo en las que cuelgan unos escudos heráldicos que parecen proféticos. Con su *Kodak*, *Peius* los retrata. En su parte superior muestran un águila con las alas extendidas. En la inferior, dividida en dos cuarteles, se veían, de arriba a abajo, en el de la derecha, un león rampante, rojo, sobre un fondo de oro. En el del lado izquierdo, unas estrellas de plata en fondo azul.

Don Benito Pons, cronista de *Ciutat*, les asegura que, en los Archivos de la Corona de Aragón, en Barcelona, se encuentran todos los datos de la historia de los Bonaparte. El primero de ellos era hijo natural de don Pedro de Aragón. Don Jaime I lo trajo consigo en la conquista de Mallorca. Y, cuando le presentaba, decía, *de bonapart*. Después, el rey Martín estableció un consulado en Córcega y envió un Bonapart de la casa de Mallorca, y allá transformaron el nombre en Buonaparte, a la manera italiana.

Luego de visitar estas curiosidades, asisten a una sesión en el Ayuntamiento, y el obispo de Mallorca, *un xicot jove molt erudit*, entusiasta catalanista, lee una composición suya, *admirable*.

Al día siguiente visitan Raixa y el museo

del «duque» de Montenegro (*Peius*, diti-rámbico, asciende de categoría al señor conde), donde encuentran al medroso bibliotecario que había sufrido la agitada travesía con ellos. Otra van a las cuevas de Artá y, días más tarde, a las de Manacor.

Pompeyo Gener y sus amigos pasan 15 jornadas inolvidables en la Isla. Con todos los gastos pagados por el Ayuntamiento palmesano. Hasta en las tiendas en las que entran a comprar, no quieren cobrarles nada. Pero los «supernaturales», si las cosas tienen algún valor, pagan, para no abusar. Recuerda Gener que adquirió dos espadas antiguas y unos platos de cerámica que abonó religiosamente. Como también hizo Jordá, que se mercó unos cuadros que resultaron luego ser de un famoso pintor del Renacimiento.

El suceso más importante tuvo lugar durante una cena que les ofreció la Diputación y el Ayuntamiento.

La gran mentira

Se celebró el ágape en un restaurante que estaba ubicado al borde del mar, *Ca's Catalá*. De acuerdo con Luis Martí, su agradecido paciente, y algún otro redactor de *Juventut*, imaginaron una broma colosal.

Pompeyo Gener, a los postres, en un discurso, aseguró haber comprado al Gobierno de España la independencia de los Estados Mediterráneos. Que, para evitar discusiones, no estarían constituidos en Monarquía ni en República, sino como una Sociedad Comercial. Cataluña, Mallorca, Valencia y Compañís S. en C. Los comandatarios tendrían obligaciones que cobrarían al 3 por 100, como amortización anual. Y, para garantía, nombrarían un Senado, hasta la extinción de la deuda. Los accionistas, por su parte, podrían votar en un Congreso. Por un sistema representativo, nada parlamentario, *que fa molt castellà*.

En lugar de embajadores existirían representantes de Comercio y los cónsules serían los representantes en las ciudades que dieran salida a los productos naturales propios y los de nuestras in-

dustrias. El *Programa político general* contemplaba una alimentación integral, gratuita, obligatoria, de todos los ciudadanos. Equiparación gradual y progresiva de los derechos de la mujer y del hombre. Y, en fin, declaración del *Sollverein Mediterrani*.

Los dos periodistas de Madrid se dieron cuenta, enseguida, de que se trataba de una broma descomunal, y «jalearon» las palabras de *Peius*. Pero hubo un mozalbete de la prensa, «bastante manso», tal vez de *El País*, que telegrafió la noticia a su diario. Así, al cabo de unos días, ya de vuelta Pompeyo Gener a París, le avisan que le espera en el *Gran Hôtel* nada menos que el Presidente del Consejo de Ministros, don Leopoldo Moret. Le cita a la hora de cenar y, en un cuarto reservado del primer piso, mantienen la siguiente conversación.

—¿Sabe usted, señor Gener, que el plan ése está muy bien pensado? Así se evita el que nos pase lo que nos pasó con las Antillas, que al fin y a la postre se nos emanciparon y los yankis, como indemnizaciones, dieron una bicoca. Con lo de usted se paga toda la deuda del Estado Español y aún nos quedará un gran remanente y después, todavía, sus accionistas de usted nos podrán hacer prés-tamos al 5 por 100.

—Al 3 —le corrige *Peius*. —Porque entre nosotros está prohibida la usura.

—¿Y es esto definitivo? —Pregunta ansioso el ministro.

—Para eso es por lo que estoy aquí.

—Asegura solemne Pompeyo Gener.

—Y luego iré a Londres —continúa— y más tarde a Nueva York y a Washington. Y esto lo vengo trabajando desde antiguo, desde que estaba en el ministerio de Madrid el célebre hacendista catalán señor don Laureano Figuerola, cuyo sobrino fue del Comité que después emancipó Cuba. Y por eso es que hace tantos años que vivo en París y cuando me conviene salto a Londres. Pero, para disimular, escribo libros sobre otros asuntos que no sean financieros y en un sentido altamente liberal, como *La Muerte y el Diablo*.

—Obra que le ha hecho a usted célebre —apostilla, adulador, Moret.

—Y, *Amigos y Maestros* —añade, orgulloso *Peius*.

—Vamos, que no me figuraba yo que fuera usted tan magnífico diplomático.

«Al acabar de tomar café, me ofreció una *regalía*, y nos despedimos. Él se quedó en el Gran Hôtel para vestirse de frac e ir a la Ópera y yo me fui a guasearme con los compañeros del *Círculo de la Prensa*, a los que conté lo sucedido en el salón de lectura. Y me decían:

—*Oh, qu'il est drôle ce ministre espagnol!*»

El curioso, y disparatado, era Pompeyo Gener, con sus delirantes fantasías.

En otra de sus estancias en Palma, *Peius* tomó parte en un mitin republicano, pues era un convencido republicano federal.

Con su inagotable capacidad de fabulación, y para conmover al auditorio, comenzó a contar su imaginativa intervención en la Revolución de Septiembre del año 1868. Y al referir sus fantásticas acciones proclamó que había ayudado a trasladar los cañones de las Atarazanas. Pero *Peius* se tropezó con otro *Peius*, mallorquín éste, quien comprendiendo «la bola», le vociferó, desde el público:

—¡Verdad! ¡Yo también estaba!

En *Peius* no se inmutó. Avanzó el cuerpo, se quedó mirando fijamente a su interruptor, hizo pantalla sobre sus ojos con la mano derecha, y replicó:

—¡Tiene usted razón! ¡Ya le recuerdo!

Agonía y muerte

Pompeyo Gener Babot no tuvo la vejez dorada que añorara con Roberto de Montesquieu, una mañana, en el Museo del Louvre, en la Sala de Españoles. *Peius*, había retornado a París, invitado por Ramón Casas, al finalizar la Primera Guerra Mundial. Estaba muy enfermo, era un anciano achacoso, próximo a morir.

En su alegría por retornar a los lugares, antaño tan gratos para él, recorrió incansablemente, en una patética busca del tiempo perdido, la *Taberna del Panteón*, *Chez Marguery*, el *Cabaret de Frédé*, el *Moulin de la Galette*. Que habían perdido su lejano encanto y sobrevivían, melancólicamente. Mas Pompeyo no se da cuenta de esa decadencia. Vive con

intensidad sus últimos días de felicidad. Cuando regresa a Barcelona, se acentúan sus dolencias. Le atenaza la artrosis. Apenas ve, le falla continuamente el corazón. El menguado estipendio que le concediera el Municipio no le permite vivir con un mínimo de desahogo. Está al borde de la miseria.

En las Navidades de 1919 se encuentra sin familia, derrotado, solo. Un amigo anónimo le deja en su buzón del Ateneo un billete de mil pesetas. Malvive unas semanas, huido, desmoralizado. Come en un restaurante modestísimo de la Calle Nueva. Camina trabajosamente apoyado en un bastón. Un atardecer tropieza, cae, se fractura un brazo. Don Manuel Ribé, jefe de ceremonial del Ayuntamiento, le convence ingrese en la clínica *La Alianza*. Le internan en una sala del establecimiento benéfico. Pompeyo Gener es un viejo desaseado, valetudinario, pálido, que no se maquilla ya, como era su costumbre inveterada, que siente que la vida se le escapa a pasos agigantados.

Le visitan unos pocos amigos: Cristóbal Domènech, Alfonso Maseras, Apeles Mestres. Y un sacerdote, el ecónomo de la vecina parroquia de la Concepción, el padre Esteban Monegal, hermano de Trinidad, aquel abogado y poeta con quien realizara un asendereado viaje a Mallorca.

—No es que se encuentre usted muy mal, pero existe también la salud del alma, hay otra vida, la eterna. Hay un cielo...

Y *Peius* dice al cura su última mentira:

—La otra noche, padre, soñé que me moriría. Oí coros de ángeles que cantaban y me ofrecían regalos, manjares, hasta confites. Luego vi que se abría una escalera inundada de luz, llena de flores. Y san Francisco de Asís me cogió de la mano y me llevó al cielo, entre ángeles y serafines...

También fueron un día a visitarlo Ignacio Iglesias, Claudio Sabadell y, cómo no, su admiradora, la condesa de Claret.

—¡Ánimo, *Peius*, pronto se restablecerá y vendrá otra vez por casa!

—Hay un pequeño inconveniente, señora condesa, y es que me estoy muriendo.

El visitante más asiduo y devoto fue don Manuel Ribé. Sin su generosa presen-

cia, Pompeyo Gener se hubiera hundido en la desesperación.

Aquel otoño de 1920 llega a Barcelona el rey Alfonso XIII. Visita *La Alianza*, recorre sus salas, anima a los enfermos, le presentan a Pompeyo Gener.

—Este es un escritor.

Don Alfonso se acerca:

—¿Te sientes mejor? Me dicen que te curarás enseguida.

Peius se incorpora en el lecho. Suplica, con voz casi inaudible, al Rey:

—Majestad, haga conde a Ribé...

El 20 de noviembre del mismo año, fallece *Peius*, tras una lenta, apacible agonía. En el momento de morir abre sus brazos y los pone en cruz.